de misterios, que el hombre no penetra
y cuya realidad jamás advierte.
Tal vez somos los dos un hombre mismo :
mas cuya esencia entre ambos dividida,
de ella le han dado á usted la parte buena,
la mas noble y brillante, la mas fuerte,
la de deleites y venturas llena ;
es decir, la salud, la inteligencia,
la fé, la accion, el canto,
la fortuna, la gloria, en fin, la vida :
y á mí solo me dieron entretanto
la duda ruin, la ceguedad inerte,
la enfermedad, la inercia, la impotencia,
las tinieblas, el mal, en fin, la muerte.
Yo moriré por ambos enjaulado ;
usted por ambos vivirá colmado
de libertad, de gloria y de alegría,
uno siendo los dos, y de este modo
cuando á su seno Dios nos llame un dia
será comun entre nosotros todo ;
partiremos entrambos como buenos
de usted la suerte, y la desgracia mia. »
Yo al comprender tan loca teoría
de sonreir al fin no pude menos.
— « Veo que duda usted de lo que digo :
continuó ; pero dígnese escucharme
unos breves instantes, y á que vea
clara, palpable mi razon me obligo.

— Hable usted, repliqué ; no dudo nada
de lo que afirma usted : por el contrario,
en esa vida doble con que atada
nuestra esencia tenemos, hasta ahora
llevo lo bueno, lo feliz, lo bello,
y en el placer inmenso que atesora
bendice á Dios mi corazon por ello.
Prosiga usted ; porque en verdad le digo
que le oigo con placer.
— Pues bien, prosigo.
No sé por qué fatal coincidencia
por el mismo camino, paso á paso,
ha corrido á la par nuestra existencia ;
un punto no hay del universo acaso
que haya usted visitado
á donde yo despues no haya llegado.
Su familia de usted tuvo en Castilla
casa ; tambien la mia : magistrado
fué su padre de usted ; tambien el mio :
habitó usted en Burgos y en Sevilla
cuando pequeño ; yo tambien. Del rio
Guadalquivir, del Arlanzon, del Duero,
del Pisuerga y Genil la varia orilla
que vió usted, hombre ó niño, con sus ledas
odoríferas auras, sus olmedas
añosas, sus espesos enebrales,
ruinas, castillos, puentes, catedrales,
en mí en despues como en usted primero,

inspiró á par iguales
instintos y aficiones, sentimientos
dulces y melancólicos, el mismo
sombrío y vagaroso idealismo;
y las mismas costumbres y lugares
que en nuestra infancia vimos,
las mismas tradiciones populares
y las mismas canciones y los cuentos
mismos con que en la cuna nos dormimos,
enjendraron en ambos con los años
la misma gradacion de pensamientos,
aunque distintos en edad y estraños
el uno para el otro siempre fuimos.
Estudios á ambos en Madrid nos dieron
los padres Jesuitas:
á usted en su estinguido Seminario
y en san Isidro á mí: y hé aqui que empieza
la larga série de mis negras cuitas:
hé aqui dó nace el mal que involuntario
me ha originado usted, el fatalismo
que al fin me ha trastornado la cabeza.
Enviáronme mis padres á Toledo
á la Universidad; dos años antes
habia estado usted: de usted me hablaron
por la primera vez los estudiantes.
Yo como usted, vagué por las alturas
de las peñas del Tajo:
como usted admiré las esculturas

y el difuso trabajo
de nichos, agallones, sepulturas,
grecas, orlas, molduras y calados:
las techumbres de cedro, los canceles
de plata, las custodias de mil piezas,
los inmortales lienzos y tallados
bustos é inapreciables joyerías
de los altares santos; los pintados
rosetones, las moras celosías
entoldadas de ricas sederías,
las graves é imponentes procesiones
que ve Zocodover por sus balcones
colgados de sin par tapicerías.
Visité los palacios de Galiana,
el baño de la Caba, los rajados
restos del artificio de Juanelo,
de la puerta del Sol la obra africana,
las ruinas, las ermitas, las murallas,
todas las venerables antiguallas
que la imperial ciudad guarda en su seno;
cuanto puede ser hoy raro y curioso
en restos, monumentos,
cantares, tradicion, historia y cuentos
ví, estudié, recojí y adoré ansioso,
con la intencion de procurarme un dia,
con ello y con la noble poesía
un lugar en el templo de la gloria,
y universal y larga nombradía

de este mundo mortal en la memoria.
Trabajé con ardor; de claro en claro
los dias y las noches me pasaba,
de los minutos en mi afan avaro.
Ya una cancion mediana correjía,
ya la mitad de un cuento cercenaba,
ya cuatro versos duros suprimía,
ya entre dos ó tres mil, ciento elegía,
con los cuales un tomo completaba :
y ya á darle á imprimir me disponía
cuando ¡ ay de mí ! cayéronme á las manos
los tres primeros tomos que acababa
usted de publicar, y al hojearles
todos mis argumentos toledanos,
toda mi idolatrada poesía
en ellos encontré, y al contemplarles
calculé que los mios, mis amores,
fruto de mis vigilias y sudores,
no iban á parecer de todos modos
mas que plágio, á los suyos posteriores.
Despechado lloré : quemelos todos,
y dejando las odas y canciones
pensé en mayores obras, y en tres años
tres tomos escribí de tradiciones;
mas ¿ quién previene lances tan estraños?
Ya en la corte me hallaba
y con un impresor acorde estaba
para darles á luz, cuando las tiendas

de la calle Mayor mirando un dia,
ocupado en la compra de unas prendas,
ví poner el cartel en que anunciaba
usted otros tres tomos de leyendas.
Busco del editor la librería,
adquiero al punto un ejemplar, le hojeo,
y en la obra de usted absorto veo
los argumentos mismos de la mia.
Un mes estuve en cama
enfermo de pesar, llorando muerta
mi por usted asesinada fama;
empero no cedí. Busqué otra puerta
de su templo inmortal, y en meses cuatro
de trabajo febril, concluí un drama
y comigo y con él dí en el teatro.
¿ El señor director? — dije al portero.
— Allí le tiene usted en el ensayo.
— ¿ Puedo entrar? — Sí por cierto, caballero.
Y en mitad de la escena como un rayo
ciego de gozo me planté de un brinco.
Abordé al director, le dí mi obra,
la tomó, la hojeó como hombre ducho,
sus páginas saltando á tres y á cinco,
y me la devolvió sin miramiento
diciéndome despues : « lo siento mucho ;
pero esta es ya una obra inadmisible. »
— ¿ Por qué? — esclamé asombrado.
— Porque con el mismísimo argumento

de vuestro rey Don Pedro de Castilla,
en la Cruz anteanoche se ha estrenado
un drama nuevo del señor Zorrilla.
Y la espalda volviéndome en el acto
me dejó el director estupefacto.

Otro mes me costó de calentura
semejante aventura;
mas yo ciego, tenaz, firme en mi tema
determiné luchar con toda el alma,
y con la fé de un mártir me propuse
el argumento inmenso de un poema.
Tenia yo esta idea desde niño
y esperaba á crecer en fuerza y nombre
para emprender cuando me viera hombre
esta obra, cuyo plan desde mi infancia
idolatré con infantil cariño.
Era mi idea capital, nacida
de una supersticion y en la que puse
todo mi porvenir, toda mi vida.
Velé, reflexioné, leí con calma
estudiando mi asunto :
coordiné su accion, su plan dispuse,
escudriñé de su época la historia,
y para dar verdad á su relato
los sitios de su accion decidí al punto
partir á visitar. ¡ Pobre insensato !
Llego á Granada : veo, estudio, apunto,
dibujo, limo el plan, escribo un canto :

me parece la octava maravilla :
se le leo á un amigo, y con espanto
le oigo decir : « pero hombre, eso es lo mismo
que lo que empieza á publicar Zorrilla. »
Congelome la sangre un parasismo
al escucharle, y con terror profundo
comprendí que un siniestro fatalismo
me encadenaba á usted en este mundo.

Empezó á darme vueltas esta idea
en el cerebro sin cesar : el sueño
me empezó á abandonar, y los antojos
del delirio, en periódica marea,
en círculo ya grande ya pequeño,
á girar empezaron,
á crecer y á menguar ante mis ojos
hasta que mi razon debilitaron.

Cuando en mi alcoba por la noche á oscuras
al reposo invocaba, que me huía,
de vagas y fantásticas figuras
se poblaba su atmósfera vacía.
Ya á lo lejos disperso en las alturas,
ya junto encima de mi pecho, herbía
todo un mundo de sombras y visiones.
¡ Ay ! el de mis poéticas ficciones !
Del vacío en los pliegues incoloros
veia de mis cuentos de Granada
los héroes en accion. Cristianos, Moros :
ya la ciudad en fiestas, ya incendiada :

ya corridas magníficas de toros :
alli el Auto de fé, la cabalgada
allá : la procesion, la boda, el duelo,
las mezquitas, la Alhambra, el mar, el cielo.
El monje grave, la modesta dama,
la desnuda odaliska, el niño tierno :
bien, mal, vicio, virtud, en amalgama
torpe, en bullente movimiento eterno,
veia en gigantesco panorama ;
y á través del tumulto de este infierno
fijos en mí como carbones rojos
brillar de usted los pertinaces ojos.
De usted que, dél en el confin sombrío,
mi creador cerebro escudriñando,
las creaciones y el trabajo mio
iba á sus propias obras aplicando ;
y este contínuo vértigo, este impío
maleficio mi seso trastornando,
fué mi razon matando poco á poco :
y al fin, ya lo ve usted, me he vuelto loco. »
Calló aquel infeliz ; y entre sus manos
escondiendo su rostro, la cabeza
sobre el pecho inclinó, con sus insanos
pensamientos luchando una gran pieza.
Yo, ante el estraordinario fatalismo
á que él atribuia su locura,
airado me sentí contra mí mismo ;
presa mi corazon de honda tristeza,

en dos espesas lágrimas de fuego
a esencia derramó de su amargura :
dos gotas que en vapor tornadas luego,
por aquella demente criatura
á Dios llevaron mi ferviente ruego.
Alzó por fin la frente, y mas sereno
el desdichado mozo, de hito en hito
me miró y esclamó : « Pues está escrito
que de usted sea de los dos lo bueno,
voy á entregar á usted un manuscrito
con mis sucesos y mis obras lleno.
Yo le autorizo á usted á que le imprima,
le publique y le venda,
si de salir á luz digno le estima :
es de mi vida la fatal leyenda.
Y pues yo para usted pienso y escribo
y nada puedo producir que suyo
no sea, tome usted : yo restituyo
mis obras á su dueño positivo.
Vaya usted hilvanando esos retazos
y cuando haga con ellos una historia,
piense en el infeliz que sus pedazos
arrancó para usted de su memoria. »
Dijo, y al cuello echándome los brazos
se despidió con gravedad notoria,
dándome de papeles un legajo,
producto de tres años de trabajo.

Tal es, Miguel, la relacion del loco :
si acaeció en verdad ó en su manía
la forjó su locura, importa poco;
mas está tan ligada con la mia,
que en mi memoria con terror la evoco,
y comienza á dudar mi fantasía
si estará á dar razon de su demencia
obligada en justicia mi conciencia.

A fuerza de dar vueltas á sus solas
á esta duda fatal mi pensamiento,
de un mar de confusion entre las olas
fluctúa sin cesar mi entendimiento;
mónstruo de mil cabezas y mil colas,
este vigilador remordimiento
entre sus garras mil tenaz me aferra,
mi alma atribula, mi conciencia aterra.

Hasta he llegado á creer que su relato
es el relato de mi propia vida,
y que soy la mitad de ese insensato,
sola una habiendo entre los dos partida;
y en fin, por si soy él, de hacerle trato
cuanto bien pueda hacer mi alma afligida,
y á costa de cualquiera sacrificio
ver si consigo devolverle el juicio.

Para esto me aconseja y me suplica
el doctor homeópata mi amigo
(que á estudiar estos males se dedica)
que identifique á ese infeliz conmigo;
que acepte nuestro ser como él le esplica,
cual dos que á sola un alma dan abrigo,
siendo asi nuestras obras y manías
las mias suyas y las suyas mias.

Yo no sé, buen Miguel, si tú me entiendes,
ni seguro estoy yo de si me esplico;
ni sé tampoco si entender pretendes
cómo con otro yo me identifico :
mas que hechizos no son verás, si atiendes,
ni sueños con que yo te mistifico :
sin acudir á sortilegio alguno
desde hoy el loco y yo formamos uno.

Mas claro, en fin, porque mejor lo entiendas.
yo escribia un Poema de Granada
mientras él escribia sus Leyendas.
Vamos, pues, á hacer juntos la jornada
y juntos á llevar nuestras ofrendas
á la ciudad por ambos adorada;
y á la par, cada loco con su tema,
él su historia la dá, yo mi poema.

Él en sus MIL LEYENDAS, como en cosas
discurridas al cabo por un loco,
en narraciones mil maravillosas
cuenta su vieja historia poco á poco:
él la mece en su cuna de oro y rosas,
yo abriendo su atahúd la muerte evoco;
contrario, en fin, mi cántico del suyo,
él funda su poder yo le destruyo.

Me pedias, Miguel, mi pobre historia
y mil voy á contarte en vez de una.
Me preguntas si ya de mi memoria
Granada se borró con la fortuna:
que me consagro ves todo á su gloria,
pues me remonto hasta buscar su cuna:
de hoy para siempre con mi suerte unida,
suya será mi voz, suya mi vida.

Encantada ciudad, cuyas historias
piden del Rey-Profeta el harpa de oro:
Sultana del Genil, cuyas memorias
evoco á solas y en silencio adoro:
alcázar oriental, de cuyas glorias
envidioso está el mundo, bien el Moro
dijo al decir que la mansion divina
está sobre tu tierra peregrina.

Tras el cendal de tu estrellado cielo
se ve la faz de Dios que centellea:
no hay quien detrás de tu flotante velo
la omnipotencia de su ser no vea:
no hay quien escrita en tu fecundo suelo
la realidad de su poder no lea:
no hay quien contemple tu nocturna calma
sin alzarte un altar dentro del alma.

Gemela del Eden, fértil Granada,
huerto de aloës donde amor suspira,
donde va con esencias perfumada
el aura sana que en su espacio gira,
tu misteriosa soledad, poblada
de árabes Genios, languidez inspira,
y no encierran los senos de tu sombra
el miedo ruin que al corazon asombra.

El canto de los pájaros canoros
que anidan en tus bosques embebece,
el ruido de tus árboles sonoros
y de tus frescas aguas, adormece:
de tu brisa en los pliegues incoloros
estasiado el espíritu se mece:
todo reposa en tí bajo el imperio
de un oriental incógnito misterio.

¡ Tierra de bendicion ! ¿ quién no te adora ?
¡ Tierra de amor donde el placer se anida,
en tus dulces recuerdos se atesora
toda la gloria de mi inquieta vida !
¿ Quién de tí, si te ve, no se enamora ?
¿ Quién, si de tí se enamoró, te olvida ?
¡ Bien hizo el que á tus pies por no perderte
peleando tenaz buscó la muerte !

Ya sabes qué es de mí, qué es lo que he hecho
y lo que voy á hacer, ¡ oh Miguel mio !
Ya tu curiosidad he satisfecho
franquëando á tus ojos el sombrío
pavoroso recinto de mi pecho.
No olvides que estas hojas que te envío
son, para tí, de mi cariño prenda :
para Granada, de mi amor ofrenda.

POST-SCRIPTUM.

Como hay lectores para quienes los versos son música celestial, los cuales quieren, y con razon, que se les espliquen las cosas en el mas llano y comprensible lenguaje, añado á mis pobres versos estos renglones de prosa.

Hace cuatro años que emprendí la obra de un poema, cuyo argumento es la conquista de Granada por los reyes Católicos. Desde entonces á hoy, los desocupados y los gacetilleros han desperdiciado su tiempo y su tinta en dirigirme anónimos, preguntándome si pienso publicar mi poema el dia del Juicio, recordándome la fábula del parto de los montes, y adelantando, con la mas sana intencion del mundo, juicios sobre mi obra, la cual se está aun en mi cartera, virgen felizmente de su conocimiento. Yo no acostumbro á ocuparme de estos pobres espíritus, que abandonan caritativamente sus negocios por ocuparse de los agenos ; pero á los desocupados como á los gaceteros, les recordaré á mi vez con Cervantes el cuento de aquel loco de Sevilla que hinchaba los perros con un cañuto, y dándoles una palmadita en la barriga cuando ya los tenia hinchados, preguntaba á los necios que le miraban : « ¿pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro ? » ¿Pensarán Vms., digo yo á mis preguntadores, que asi se escriben poemas como se cazan pájaros con liga ? Estas mezquinas contrariedades, unidas á las desgracias que en estos últimos años me han sobrevenido, y entre las cuales cuento la pérdida de mis padres y de mi hacienda, en lugar de acobardarme y héchome abandonar mis proyectos, han doblado mi fuerza, y los han robustecido y ensanchado mas cada dia; asi es que, en vez de un poema, he emprendido dos; y en lugar de apartarse mi pensamiento de Granada, ha abarcado toda su poética historia. A fuerza de pensar en ella,

Granada ha venido á ser para mí el objeto de una supersticiosa idolatría, la cual ha absorvido todos mis pensamientos: y como el estudio de esta obra ha sido el amuleto místico que ha defendido mi corazon de los golpes del infortunio, he cobrado á todo cuanto le pertenece un profundísimo cariño. Sus recuerdos me han distraido y consolado en las primeras amargas horas de mi horfandad, y han poblado la solitaria mansion de mi casa paterna con las bellas visiones de sus orientales leyendas, las cuales concluyeron por lanzar de sus aposentos los mústios espectros de mis mayores, guarecidos bajo su techo.

Voy, pues, á publicar sucesivamente dos obras distintas, aunque íntimamente enlazadas una con otra. La primera bajo el título de: CUENTO DE CUENTOS, cuyo prospecto es el presente, y la cual se compone de cinco tomos, de trescientas páginas, á lo menos, de impresion, en un todo iguales á las de este prospecto, y la segunda bajo el epígrafe de GRANADA, POEMA ORIENTAL, cuyo primer tomo será el sesto de la coleccion de MIS LEYENDAS GRANADINAS.

La primera abraza la historia poética de los personajes fantásticos de Granada, desde el rey su fundador hasta la leyenda diabólica de el Tornadizo, padre del wazir de su penúltimo rey Muley Hazen: y la segunda, que es EL POEMA, abarca el periodo histórico de la conquista, desde el reinado de este último hasta la ocupacion de la capital por los Cristianos.

La propiedad de la segunda, es decir, de GRANADA, POEMA ORIENTAL, no me pertenece todà en este momento; pero hallándose en liquidacion y próxima á disolverse la sociedad de *La Publicidad* (de Madrid) que la compró, y yo dispuesto á recojer el manuscrito de los dos primeros tomos entregados por mí, devolviendo la suma recibida en precio de ellos, su publicacion se hará en su lugar á continuacion del quinto de las MIL LEYENDAS.

Con este prospecto se abre, pues, suscricion á los cinco to-

AL

Intrépido Gral.

G. ORTEGA

Y A

SUS VALIENTES SUBORDINADOS QUE, DENTRO

de los muros de la moderna

ZARAGOZA,

defienden la independencia y soberanía

DE LA NACION MEXICANA:

En testimonio de admiracion, gratitud y simpatía,

Presenta esta pequeña ofrenda,

El Autor.